

se dediquen a la actividad que llamamos política, es decir, mientras la violencia no se imponga como medio de resolver conflictos sociales, será indispensable evaluar los argumentos que se propongan y, a pe-

sar de los intentos recurrentes de los politólogos, la filosofía política será una materia de estudio, si no indispensable, sí por lo menos de enorme utilidad para el mantenimiento de la civilización.

LA FENOMENOLOGÍA DEL PODER: UNA APROXIMACIÓN DESDE LA CULTURA GRECOLATINA*

Jorge Rendón Alarcón

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

Filosofía y fenomenología del poder, de Francisco Piñón Gaytán, nos ha parecido, en su conjunto, una especie de fresco renacentista en el que se combinan la simpatía por el hombre y la conciencia de las sombras que se ciernen sobre los actos del poder. Esta impresión tiene su origen en el amplio conocimiento de la cultura grecolatina del autor y que ha de servir de sustento a la reflexión que lleva a cabo a lo largo de su libro. Por lo demás, la figura de una fenomenología del poder parece ciertamente deudora de la idea en que se sustenta la *Fenomenología* de Hegel, es decir, una historia de la razón, de la conciencia humana. Dicho vínculo se ha de mostrar como acertado en el libro porque allí se trata de llevar a cabo una reflexión exhaustiva, desde la cultura, sobre la ambigüedad del fenómeno del poder.

Así, se empieza por advertirnos que tanto el poder como la libertad son esencialmente fenómenos históricos. Se destaca, entonces, que la filosofía del poder de la época moderna tiene sus raíces «culturales», sus motivaciones «ideológicas», en el mundo de los siglos XV y XVI. Lo anterior resulta importante cuando el autor destaca que la ética griega clásica se habría separado de la polí-

tica porque ésta se llegó a asumir ya como *técnica*, es decir, como «artificio para alcanzar y retener el poder». Todo ello habría de dar lugar a una escisión no resuelta entre ética y política. Kant y Hegel, no obstante, habrán de considerar el poder «como *dato* y *creación* de la historia del hombre». Pues, como señala el autor, el poder en cuanto fenómeno propiamente humano puede ser afrontado «por medio de una *racionalidad ética* (Kant) o por la instauración de una *eticidad política* (Hegel)» (p. 61). En efecto, nos parece que Hegel reivindica en la perspectiva de la Ilustración la autonomía misma de la racionalidad moderna, dando así por supuesto que no hay normas para nosotros los modernos —seres dotados de razón o espíritu— que puedan tener validez a no ser que efectivamente y de manera colectiva nos las imponamos a nosotros mismos en un proceso de reconocimiento mutuo.

Reflexionar, entonces, sobre la facticidad e historicidad del poder sólo resulta verdaderamente importante cuando se asume que el poder «tiene que ser explicado» teniendo en cuenta su efectivo devenir histórico y sus concretas estructuras culturales, puesto que la política, es decir, «el poder, como la voluntad del hombre, es un *fenómeno fáctico*».

El pensamiento histórico, no el de la meta-historia, está, pues, lleno de urdumbres ideológicas. Y cuando se expresa en una filosofía, ésta lleva tras de sí todas las contradicciones y conflictos de la que nunca ha sido, al parecer, una *magistra vitae*. El fenómeno del poder lo comprueba [p. 60].

A propósito de la cultura grecolatina en que se sustenta en buena parte la reflexión en torno a la *Fenomenología del poder*, el autor destaca, a nuestro parecer, una cuestión esencial en relación al contenido de esa cultura, lo que ha de servir como eje para la reflexión sobre el poder que se desarrolla en el libro. Así, se señala que el drama «ideológico» de la cultura occidental europea, y que incluso habrá de ser el drama de la filosofía liberal y cristiana y aún de la cultura socialista en cuanto a sus acentos grecolatinos, partirá de esta «ruptura» ya latente en la época helénica: «La *Ciudad Estado* se ha dividido: por un lado la política, la fuerza, el gobierno, en una palabra, las “instituciones”, que tienen vida y ritmos propios; y por otro, el ideal que no se ve realizado y permanece “doctrina”, “idea”, casi pura “teoría”» (p. 92). Esta escisión inherente a la cultura occidental es descrita como el drama que se expresa en los versos del poeta latino: *video meliora, proboque; deteriora sequor* (veo las cosas mejores y las apruebo, sin embargo, sigo las peores). Ciertamente la filosofía griega habría dado lugar a una nueva concepción de la libertad. Pero la filosofía posterior habría quedado cada vez más circunscrita a la reivindicación del hombre como individuo, en detrimento de la idea misma de sociedad política. Y, en efecto, hoy diríamos que la articulación de la vida pública no puede tener lugar sino desde el autoconocimiento de nuestra condición de ciudadanos. Lo que requiere ahora, sin embargo, un largo proceso de *construcción política constitucional*.

Por todo ello, como nos dice el Dr. Piñón, la cultura grecolatina se habría de convertir en un libro de múltiples lecturas, pues los griegos, los escritores latinos e, incluso, los filósofos y teólogos medievales no «fueron» leídos de la misma manera por quienes protagonizaron la historia de Europa y la de estas tierras de América. Fueron lecturas diferentes e, incluso, libros diferentes los que dieron lugar a una visión de la Conquista, de la evangelización y de la colonización:

Por eso, de tales «lecturas» salieron individuos diferentes, con acciones diferentes, con mundos encontrados, Ginés de Sepúlveda o Palacios Rubios no tuvieron la misma «lectura» de los filósofos grecolatinos como la tuvieron, también en su tiempo, Francisco de Vitoria o Bartolomé de Las Casas. Los griegos y los latinos fueron diversamente «interpretados», manipulados, usados. De ahí sus luces y sus sombras y sus ulteriores encontrados personajes [p. 199].

Tales consideraciones, desde nuestro punto de vista, en buena parte novedosas y que parten de la escisión de la *Ciudad-Estado*, tan adecuadamente descrita por el autor, habrán de encontrar su mejor aporte en la descripción que se lleva a cabo de nuestra propia realidad histórica y social. Pues entonces se afirma que la «racionalidad que importamos» de los diversos positivimos hicieron que crecieran los ídolos de la *scienza nuova* de Bacon y que Hegel, en este sentido, «estuvo ausente de la cultura nacional». Se sostiene, así, que «La idea del poder secular y terrenal, acompañará el nacimiento del Estado moderno. La conquista de América será uno de sus frutos». La idea anterior habrá de mostrarnos todos sus alcances cuando el Dr. Piñón sostiene que la historia de México no puede entenderse en su integridad o en su globalidad sin la historia de la cultura renacentista europea:

[...] la de sus diversos «humanismos», la de la cruz y la espada, la de la *civitas cristiana*, la de *ius belli* como justificación eficaz para someter a los que supuestamente se consideraban bárbaros o infieles, aquella de la tradición imperial de los Césares que, junto con el poder del pontífice romano, haría posible la *Paz Romana*. Y sin estas tradiciones, que se encuentran en las entrañas de la historia mexicana, no sería posible explicar la fenomenología del poder en México [p. 224].

De esta manera podríamos concluir, como en muchos sentidos nos lo sugiere la

lectura de este libro, que la memoria histórica supone ya un acto de libertad. Lo que se reclama, así, también, es la dignidad misma de la escritura y la libertad del pensamiento para reivindicar, con ello, una identidad en la que se manifieste, incluso, la capacidad de resistencia del ser humano frente a los atropellos del poder y, con ello, el logro de una voluntad racionalmente constituida. Pareciera, pues, que solamente a través de la memoria histórica y de sus acciones consecuentes es posible enfrentar nuevamente la escisión de la *polis* en nuestro tiempo y en nuestra propia realidad social.

NOTA

* Francisco Piñón, *Filosofía y fenomenología del poder. Una reflexión histórico-filosófica sobre el*

moderno Leviatán, México, Difusión Cultural UAM/Plaza y Valdés, 2004.

PARA PENSAR LAS DIFICULTADES DE LA TRANSICIÓN

Suzanne Islas Azais

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México

JORGE RENDÓN ALARCÓN

Sociedad y conflicto en el estado de Guerrero, 1911-1995 (Poder político y estructura social de la entidad), Plaza y Valdés, México, 2003

México vive momentos particularmente difíciles. Luego de cuatro años del primer gobierno electo democráticamente desde 1929, una suerte de desencanto priva en la sociedad mexicana. Pero se trata de un desencanto no sólo con respecto a la ineficacia del gobierno del presidente Fox, sino de un desencanto que empieza a ex-

tenderse hasta la idea misma de la democracia como tal. Existen, desde luego, elementos que permiten explicar esta situación: lo que tenemos, ahora, es la persistencia de las reglas del viejo régimen, no una vida pública democrática; tenemos también la instrumentalización de la ley, no las garantías que provee un orden de legalidad constitucional; un sistema político cerrado, no abierto y tenemos, incluso, grupos de interés más que partidos políticos. En este contexto, los consensos necesarios para afrontar los grandes problemas nacionales son prácticamente imposibles de alcanzar, con lo que el rezago del país